

Patriotismos trasatlánticos. Raza y nación en el impacto de la Guerra de África en el Caribe español de 1860

Albert Garcia-Balañà

Universitat Pompeu Fabra
albert.garcia@upf.edu

Resumen: El artículo sostiene que los lenguajes civilizatorios y raciales tuvieron un papel relevante en la circulación de discursos patrióticos y de reclamación de ciudadanía política en la España de la Unión Liberal. Argumenta que sólo una perspectiva historiográfica trasatlántica, que trascienda el espacio de la España peninsular de 1860, puede dar cuenta de un fenómeno de globalización política que apenas ha sido abordado como tal. Para ello, el artículo documenta la circulación de aquellos lenguajes entre escenarios habitualmente tratados por separado: la llamada Guerra de África o primera guerra hispano-marroquí (1859-1860), su popularidad en la España peninsular, y su doble impacto —aquí desvelado— en Cuba y en los primeros días de la anexión española de Santo Domingo (1860-1862). A través de las biografías trasatlánticas de Francisco Fort y Antonio Serret, mandos de los Voluntarios Catalanes en Marruecos pronto celebrados en Cuba y Santo Domingo, el artículo ilumina una relación general entre nación e imperio en la era liberal que tuvo también su capítulo español.

Palabras clave: nacionalismos, liberalismos, milicias coloniales, raza, Guerra de África, Marruecos, Cuba, Santo Domingo.

Abstract: The article argues that racial and civilising discourses were useful tools for claiming political rights in Spain during the early 1860s. It does so by exploring some links that connected the first Spanish-Moroccan War (1859-1860) —the War of Africa— with colonial Cuba in the year 1860. It then explores further continuities during the early years of the Spanish annexation of Santo Domingo (1860-1862). These previously unexplored links are brought to light through the trasatlan-

tic biographies of two Catalan volunteers in the War of Africa —Francisco Fort and Antonio Serret— who were received with great fanfare in Cuba and Santo Domingo. The article sheds light on the relationship between nation and empire during the liberal age. This European phenomenon also had its Spanish chapter.

Keywords: nationalisms, liberalism, colonial militias, race, War of Africa, Morocco, Cuba, Santo Domingo.

La Guerra de África: una mirada trasatlántica

En febrero de 1860, en los días culminantes de la primera guerra hispano-marroquí bautizada ya en España como la Guerra de África (octubre de 1859-abril de 1860), un tal Martín de Arredondo, de La Habana, presentó al capitán general de Cuba un proyecto para «formar un batallón de Voluntarios de pardos y morenos libres que pasase a tomar parte en la Guerra de África». Conocemos la historia de este proyecto para reclutar supuestos voluntarios afrocubanos con destino a una guerra española en África —proyecto que no fue más allá del papel— gracias a las investigaciones de Michele Reid-Vazquez y de David Sartorius. De ambas se desprende que capitania desechó el proyecto con una batería de inconvenientes que refutaban el argumento de Arredondo de que, por tradición miliciana colonial y por herencia racial, «pardos» y «morenos» cubanos iban a comportarse como «buenos soldados, valientes ante el enemigo [marroquí]», particularmente en un campo de batalla tan cercano al «rigor del clima tropical». Las alusiones de Arredondo a «los leales pardos y morenos de La Habana» no ablandaron el dictamen negativo del secretario del recién llegado Francisco Serrano, capitán general de Cuba. El dictamen señaló las dificultades logísticas y los costes del transporte a Marruecos, pero enfatizó dos obstáculos, específicos de la dinámica racial y socio-política de la Cuba colonial de hacia 1860: el primero, la previsión de un reclutamiento nada fácil dados los problemas de las autoridades coloniales para llenar los Batallones de Pardos y Morenos, restaurados en 1854 —tras su disolución de 1844— bajo el nombre de Milicias Disciplinadas de Color; y, el segundo, los potenciales efectos disruptivos de dicho reclutamiento de libres de color con respecto al mundo habanero, a su mercado de trabajo y a

sus divisiones raciales y sociales¹. Si para Arredondo la herencia africana de pardos y morenos era lo que les hacía particularmente aptos para ir a combatir a Marruecos, para el dictamen de capitania era, por el contrario, lo que aconsejaba la máxima prudencia y el mínimo entusiasmo.

Este artículo propone una doble lectura de aquella pronta y, sin embargo, poliédrica negativa de la máxima autoridad de la Cuba colonial al proyecto de armar «voluntarios» afrocubanos para que se uniesen al Ejército de África de 1860. Una lectura que atienda a contextos y actores cubanos pero también, y no menos importante, a su muy fluida interacción con actores y contextos metropolitanos y neimperiales, en una geografía del Ultramar español que entonces tenía a Cuba en su indiscutible centro, pero que no se reducía a ella. Una mirada trasatlántica puede proporcionarnos, por ejemplo, una mejor medida de lo singular de la negativa del capitán general Serrano, dada la coyuntura de desatado patriotismo bélico y africanista del invierno y la primavera de 1860; o dado que Francisco Serrano acompañó a Leopoldo O'Donnell en su liderazgo de la política ultramarina española desde el verano de 1858 en adelante, durante siete años, y que O'Donnell hizo de la formación y envío de milicias civiles y provinciales, los «Voluntarios Catalanes» y los «Tercios Vascongados», un factor de legitimación política y aceptación popular de la guerra marroquí de 1859-1860. Guerra cuya ola de celebraciones barrió Cuba desde La Habana a Santiago, cruzó a Puerto Rico y rompió en la Manila española entonces ocupada en someter a los «moros» de las islas sureñas de Mindanao y Joló². La geopolítica de las empresas de O'Donnell en África, en Marruecos y en la Guinea insular y continental, no resultó ajena a las circunstancias de la Cuba colonial³. Tampoco lo fueron los lenguajes de nación y de ciudadanía (política) alumbrados por aquella guerra.

¹ Michele REID-VAZQUEZ: *The Year of the Lash: Free People of Color in Cuba and the Nineteenth-Century Atlantic World*, Athens, The University of Georgia Press, 2011, pp. 140-142, y David SARTORIUS: *Ever Faithful: Race, Loyalty, and the Ends of Empire in Spanish Cuba*, Durham, Duke University Press, 2013, pp. 90-91.

² «Celebraciones en Manila por la toma de Tetuán» (1860), en Archivo Histórico Nacional (Madrid) (en adelante AHN), Ultramar, 5176, 27.

³ Albert GARCIA-BALANÀ: «El comercio español en África» en la Barcelona de 1858, entre el Caribe y el Mar de China, entre Londres y París», *Illes i Imperis*, 10-11 (2008), pp. 167-186.

La oleada de patriotismo que la Guerra de África desató en España suscitó no pocas reflexiones. Dos grupos de evidencias, que he podido documentar para el caso catalán, interesan aquí. En primer lugar, lo abundante de un patriotismo de masas socialmente heterogéneo y con promotores salidos de las filas populares, a menudo adscritos a la oposición política progresista y/o demócrata. El medio millar de «Voluntarios Catalanes» que se alistaron en Barcelona para Marruecos y su popularidad en la Cataluña plebeya de 1860 —y, como mostraré, no sólo en ella— constituyen el mejor ejemplo de lo anterior. Iniciativa del ambicioso general Juan Prim y de su círculo catalán de tradición progresista, los Voluntarios Catalanes capitalizaron el patriotismo antiafricano en Cataluña, y no únicamente por su filiación «provincial». También por su deliberada asociación con la Milicia Nacional —de la que tomaron desde hombres a símbolos—, milicia civil muy querida por el radicalismo político metropolitano, y muy añorada en 1859, pues la contrarrevolución moderada del bienio 1856-1858 la había desarmado y desguazado⁴. Esta atmósfera de milicia civil y popular explica por qué uno de los mayores cantores de los Voluntarios Catalanes fue un tipo como Josep A. Clavé, líder del Partido Demócrata, promotor de los coros obreros en la Cataluña de mitad de siglo —los «Coros de Clavé»— y pionero de la adaptación hispánica de *La Marseillaise*. Lo que nos lleva al segundo grupo de evidencias que hay que retener.

Clavé condenó a los marroquíes en una de sus más aclamadas canciones celebrando a los Voluntarios (*Los néts dels Almuçàvers*), a la condición de «raza de esclavos». Esta inferioridad civilizatoria y política —el Marruecos de Clavé, y el de otros demócratas como él, resultó ser la quintaesencia del despotismo orientalista— confería una doble legitimidad a la misión africana de los Voluntarios: la de restablecer la honra nacional herida y, no menos importante, la de afirmar la adulez política del «pueblo», confirmada por su contribución a la victoria sobre un imperio-pueblo atado todavía a la servidumbre. Confirmada, pues, por su victoria sobre quienes

⁴ Albert GARCIA-BALANÀ: «Patria, plebe y política en la España isabelina: la Guerra de África en Cataluña (1859-1860)», en Eloy MARTÍN CORRALES (ed.): *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912). De la Guerra de África a la «penetración pacífica»*, Barcelona, Bellaterra, 2002, pp. 13-77, esp. pp. 27-50.

encarnaban la propia distopía⁵. Racialismo civilizatorio antes que racismo biológico, los rasgos fenotípicos podían clarificar, sin embargo, la frontera entre ciudadanos activos y súbditos sometidos, y ello de manera favorable e inclusiva para los públicos plebeyos metropolitanos expulsados de la vida política en el verano de 1856. En consecuencia, durante el Carnaval popular barcelonés de 1860 la degradación simbólica tomó la forma de «varias comparsas de enanos como diminutos marroquíes» capitaneadas por «una especie de guardia negra» desfilando, entre la burla y la multitud, bajo la sombra de los gigantes-Voluntarios. Y no faltaron, en la edición de cordel, los romances en los que se insistía en el ser «casi negro» del «moro» protagonista, la guinda de otros atributos negativos⁶.

Es probable que estas imágenes políticas y raciales se alimentasen, también, de las abundantes conexiones caribeñas de la sociedad catalana a la altura de 1860. Pero con certeza arribaron (o regresaron) a la Cuba de entonces, y no sólo a ella, donde fueron retomadas para propósitos semejantes pero distintos, y donde sin duda no avalaron la idea de un voluntariado de color con destino a Marruecos. Las biografías trasatlánticas que se presentan en este artículo, la de Francisco Fort y Segura y la de Antonio Serret y Capello, mandos de los Voluntarios Catalanes en África aclamados poco después en La Habana y en Matanzas, así lo demuestran.

Resultan pertinentes un par de recordatorios para introducir los mundos cubanos y caribeños en los que fueron celebrados, en 1860, Francisco Fort y Antonio Serret. El primero: el despegue demográfico de los peninsulares en Cuba a partir, precisamente, del bienio 1859-1860, fruto parcial de las liberalizaciones emigratorias de 1858-1862 y, pronto, de las numerosas expediciones militares —como «vías migratorias»— con motivo de la guerra dominicana (1862-1865) y de la primera guerra cubana (1868-1878)⁷.

⁵ *Ibid.*, pp. 57-63.

⁶ Tomo las citas de José A. CLAVÉ y José M. TORRES: *El Carnaval de Barcelona en 1860*, Barcelona, Librería Española, 1860, pp. 44-49, y del romance *Cruel e inicu venganza llevada a cabo en la ciudad de Cádiz en el mes de junio de este presente año por un moro... casi negro...*, Barcelona, J. Taulo, 1860.

⁷ Joan CASANOVAS CODINA: *¡O pan, o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898*, Madrid, Siglo XXI, 2000, pp. 46-56, y Manuel MORENO FRAGINALS y José J. MORENO MASÓ: *Guerra, migración y muerte (el*

Y el segundo recordatorio: el invierno de 1859-1860 iba a ser un momento clave en el debilitamiento y la reversión de la política de amenaza de «africanización» sobre Cuba esgrimida durante los años cincuenta por las capitanías generales de José G. De la Concha (1850-1852 y 1854-1859) y Juan de la Pezuela (1853-1854), política de réplica al desafío «anexionista» (a los Estados Unidos) y a sus apoyos o usos criollos. Una amenaza de «africanización» administrada por un mando colonial único de naturaleza militar, cuya doctrina del «equilibrio de razas» concedía un lugar central a la existencia de los libres de color (por sí misma disuasoria de toda veleidad de ruptura por parte de los plantadores criollos), y de la que el restablecimiento de los Batallones de Pardos y Morenos en 1854-1855 había sido —y era todavía en 1859— uno de sus emblemas. Como ha recordado Josep M. Fradera, con la llegada de Francisco Serrano a la Capitanía General de Cuba (1859-1862) «se abrió una etapa de cambios en Ultramar, el resultado directo del agotamiento del modelo seguido por De la Concha durante el mandato anterior así como de la presión del contexto internacional»⁸. Ni el chantaje racial metropolitano sobre las elites isleñas era una solución política estabilizadora ni duradera, ni la marca de la esclavitud podía seguir valiendo para ello en el mundo atlántico que se adentraba en la década de 1860. El rápido eclipse de los Batallones o Milicias Disciplinadas de Color desde 1859 en adelante —debido también a los recelos afrocubanos ante la conscripción— iba a ser evidencia y escenario de aquellos cambios en Cuba.

Que el hombre que cerró definitivamente las Milicias de Color en 1865 fuese el continuador de Serrano y también «reformista» Domingo Dulce (1862-1866), el mismo que siendo capitán general de Cataluña en 1859 había apostado por los Voluntarios Catalanes de África, es otra de las reveladoras ironías de esta historia trasatlántica. Sabemos, sin embargo, que dicho cierre fue reclamado por las elites criollas en el contexto de negociaciones con Madrid de los tempranos años sesenta; no en vano la demanda criolla de derechos

ejército español en Cuba como vía migratoria), Colombres, Archivo Indianos/Júcar, 1993, pp. 69-109.

⁸ Josep M. FRADERA: *Colonias para después de un imperio*, Barcelona, Bellaterra, 2005, pp. 614, 621-626 y 299-310.

políticos pretendía ganar capacidad de maniobra para influir, ante todo, en el final de la cuestión de la esclavitud y en la no menos explosiva de los derechos políticos de los libres de color (buscando su aplazamiento *sine die*)⁹. Fue con este doble telón de fondo, perfilándose ya en 1860, que Serrano desestimó el proyecto de voluntarios afrocanos para la Guerra de África.

Patriotismos peninsulares: Francisco Fort, de Tetuán a Santo Domingo vía La Habana

El 12 de diciembre de 1860, Francisco Milá y Emilio Roig, presidente y secretario respectivamente de la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña establecida en La Habana desde los años cuarenta, notificaron por carta a la Diputación Provincial de Barcelona el resultado de la «suscripción» [*sic*] que dicha sociedad había promovido y realizado en Cuba «para socorrer a las viudas, huérfanos y familias de los Voluntarios Catalanes que sucumbieron y a los que quedaron heridos o inutilizados defendiendo el pabellón español en las playas africanas». El «donativo de la Isla de Cuba» para los Voluntarios Catalanes de la Guerra de África ascendió a la muy estimable cantidad de 11.232 pesos, o 224.640 reales, de los cuales la Diputación de Barcelona recibió 10.067 pesos, o 201.340 reales, que asignó y repartió entre aquellos que murieron o fueron heridos en Marruecos¹⁰. A modo de comparación, todos los donativos recogidos por la denominada Junta de la Provincia de Barcelona en Favor de los Heridos en la Guerra de Marruecos —y no sólo de los casi 500 Voluntarios Catalanes— sumaban, en octubre de 1860, 16.322 pesos, o 326.430 reales¹¹. Por cada tres pesos donados por particulares en la provincia de Barcelona se donaron en Cuba más de dos pesos, y exclusivamente para los Voluntarios Catalanes. Los más de 200.000 reales recibidos de Cuba dieron lugar a un socorro

⁹ Michele REID-VAZQUEZ: *The Year of the Lash...*, pp. 135-144, y Josep M. FRADERA: *Colonias...*, pp. 645-664.

¹⁰ Carta de Francisco Milá y Emilio Roig a la Diputación de Barcelona (La Habana, 12 de diciembre de 1860), en Arxiu Històric de la Diputació de Barcelona (en adelante AHDB), 1.006, 8 («Donativo de Cuba»).

¹¹ *Memoria de los donativos de la provincia de Barcelona con motivo de la Guerra de África en 1859*, Barcelona, Narciso Ramírez, 1861, pp. 40-42.

medio de 972 reales entre los 202 Voluntarios beneficiarios: 139 heridos, 12 «inutilizados» y las familias de los 51 muertos¹².

Francisco Milá solicitó a la Diputación de Barcelona que, «concluido que esté el reparto», remitiese a La Habana «una nómina de las personas socorridas con las respectivas cantidades que se les hayan entregado a cada una, todo para darle aquí la debida publicidad». Más revelador del afán público del socorro «cubano» resulta el que la Beneficencia de Naturales de Cataluña agasajase aquellos días de otoño de 1860, en La Habana, «al bizarro coronel Don Francisco M.^a Fort», ayudante de Prim en Marruecos y jefe de los Voluntarios Catalanes, quien recibió en mano 510 pesos del «donativo de la Isla de Cuba» que dejaron de mandarse a Barcelona. Francisco Fort y Segura había tutelado a los Voluntarios e informado regularmente a la Diputación de Barcelona sobre sus acciones en la guerra de Marruecos; había firmado sus relaciones de muertos y heridos, y extensas narraciones epistolares de las batallas de Tetuán y Wad-Ras (contra lo que él gustaba en llamar «la morisma»). Muy reveladoramente, Fort se hallaba en La Habana a finales de 1860 no sólo para recibir el homenaje público de la comunidad catalana en Cuba. Se hallaba en La Habana «de paso para Santo Domingo»¹³.

Francisco Fort y Segura estuvo en La Habana en el otoño de 1860 porque iba a desempeñar —estaba desempeñando ya— un papel significativo en los preparativos de la anexión y recolonización española de Santo Domingo, finalmente formalizada en mayo de 1861. La anexión dominicana constituyó la segunda gran empresa neocolonial del gobierno O'Donnell, inseparable su génesis de la atmósfera patriótica e imperialista fabricada para y por la Guerra de África. E inseparable, también, de los lenguajes políticos de superioridad y descrédito racial alimentados por la guerra marroquí; no en vano España entró en Santo Domingo —a «petición» del presidente dominicano Pedro Santana— con el pretexto

¹² Carta de la Diputación de Barcelona a la Caja de Ahorros de Barcelona (4 de mayo de 1860), en AHDB, 1.004, 4.

¹³ Véase carta citada en nota 10, y, además, «Estado de fuerza presente que tienen hoy estas compañías... durante la campaña de Marruecos» (Francisco Fort, mayo de 1860), en AHDB, 1.004, 11, y carta de Francisco Fort a la Diputación de Barcelona (Wad-Ras, 24 de marzo de 1860), en AHDB, 1.004, 12.

de conjurar la amenaza de una invasión haitiana que podía disponer de no pocos apoyos entre la «gente de color» de la parte oriental de La Española. Reveladoramente, Francisco Fort encadenó Tetuán y Wad-Ras con la misión en Santo Domingo. Y, de manera manifiesta, se llevó consigo al Caribe la muy viva y popular imagen de los Voluntarios Catalanes que recién habían vencido a una «raza de esclavos» en África.

En mayo de 1860, Fort era recibido como un héroe de masas al frente de los Voluntarios regresados de Marruecos, en Barcelona y en su Tortosa natal¹⁴. Apenas tres meses después la prensa metropolitana se hacía amplio eco de que, «autorizados por el gobierno de S. M., el señor coronel don Francisco Fort, comandante que fue de los Voluntarios [Catalanes], y varios oficiales, con unos 400 individuos catalanes casi todos ellos, van a formar parte del ejército de Santo Domingo». Y añadía a modo de garantía y de legitimación: «Más de la mitad de los expedicionarios tuvieron ya ocasión de distinguirse en la campaña de África»¹⁵. En noviembre de ese año, Fort y algunos pocos de sus hombres estaban en La Habana, donde recibieron el homenaje y parte del donativo de los catalanes de Cuba, al igual que al pasar después a Puerto Rico fueron «agasajados por los catalanes allí residentes»¹⁶. Y al menos desde febrero de 1861 —tres meses antes de la anexión— Fort se hallaba ya en Santo Domingo tomando posiciones contra los rivales de Santana y de las elites anexionistas, contra los reacios al regreso a la soberanía española (una monarquía con colonias esclavistas en ambas costas de La Española). Según el testimonio directo de Ramón González Tablas, «el coronel Fort, que había adquirido buena fama de valiente con los voluntarios catalanes en la guerra de África, hizo [en marzo de 1861] un llamamiento en Santo Domingo a todos los súbditos de su majestad católica para organizar un cuerpo de milicias»¹⁷. Según la historiografía domi-

¹⁴ *La Discusión* (Madrid), 11 de mayo de 1860, p. 2, y *La Iberia* (Madrid), 26 de mayo de 1860, p. 3.

¹⁵ *La Iberia* (Madrid), 10 de agosto de 1860, p. 2, y *La España* (Madrid), 9 de agosto de 1860, p. 3.

¹⁶ «Ultramar», *La Iberia* (Madrid), 7 de diciembre de 1860, p. 3.

¹⁷ Ramón GONZÁLEZ TABLAS: *Historia de la dominación y última guerra de España en Santo Domingo, por D.-----, capitán de infantería, oficial que ha sido del ejército de operaciones de dicha isla*, Madrid, Fernando Cao Vidal, 1870, pp. 40 y 37-41.

nicana, Fort y sus «dos compañías de Voluntarios Españoles» en Santo Domingo iban a desempeñar un papel clave en el control de la retaguardia proanexionista durante la «invasión» española y la inmediata crisis con Haití y sus aliados locales de la primavera y el verano de 1861¹⁸.

La Habana a la que llegó Francisco Fort en el otoño de 1860 no había dejado de celebrar la Guerra de África. Prim, Fort y sus Voluntarios Catalanes de Marruecos resultaban imágenes familiares, y por ello disponibles, para los más de 10.000 catalanes entonces residentes en Cuba y para muchos de los restantes 50.000 peninsulares comunes establecidos en la isla¹⁹. Abundan las evidencias al respecto. En mayo de 1861, el periódico *Eco de Euterpe*, publicado por Josep A. Clavé en Barcelona, refirió que «últimamente en La Habana se ha establecido una academia filarmónica, bajo el título de “Orfeón”, dirigida por D. Felipe Grau», con toda probabilidad emigrante catalán²⁰. Sabemos que durante los meses siguientes las sociedades corales inspiradas y reconocidas por Clavé echaron raíces en la Cuba urbana con presencia de comunidades catalanas, con el impulso y la bendición política proporcionados en parte por la Guerra de África. En 1863, el propio Clavé felicitó a la ya establecida Sociedad Coral de Euterpe de La Habana, de la cual el semanario habanero *Don Junípero* publicó, en junio del mismo año, la nómina de sus componentes, una veintena de nombres de «jóvenes catalanes»²¹. Estos mismos u otros «Coros de Euterpe» fueron a los que el también habanero *El Moro Muza* oyó cantar «composiciones del bien reputado Sr. Clavé de Barcelona» aquel verano de 1863, bajo la dirección de un tal Juan Gelabert²². Irónicamente, los Coros de Clavé llegados a Cuba en la coyuntura de celebración de la guerra africana de 1860 terminarían prestando su nombre —y su reputación «civilizadora»—

¹⁸ Emilio RODRÍGUEZ DEMORIZI: *Antecedentes de la anexión a España*, Ciudad Trujillo, Montalvo, 1955, p. 194, y Jaime DE JESÚS DOMÍNGUEZ: *La anexión de la República Dominicana a España*, Santo Domingo, UASD, 1979, p. I:169.

¹⁹ César YÁÑEZ GALLARDO: *Saltar con red. La temprana emigración catalana a América, 1830-1870*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 83-89.

²⁰ «Sociedades Corales en América», *Eco de Euterpe* (Barcelona), 5 de mayo de 1861, pp. 7-8.

²¹ *El Metrónomo* (Barcelona), 10 de octubre de 1863, y *Don Junípero* (La Habana), 28 de junio de 1863, p. 307.

²² *El Moro Muza* (La Habana), 28 de junio de 1863, p. 312.

a los «cabildos de nación» afrocubanos, parcialmente reinventados como «Coros de Clave» (sin el acento agudo) tras las prohibiciones de sus desfiles y tambores de los años que siguieron al final de la primera guerra cubana en 1877-1878²³.

Con las sociedades corales, y las canciones de Clavé que celebraban la guerra en Marruecos, otras manifestaciones patrióticas para amplias audiencias circularon por la Cuba urbana hacia 1860. En marzo de 1860 corría por La Habana «una hoja suelta que contiene la célebre proclama del general Prim, en idioma catalán, la cual está, además, ilustrada con tipos y trajes de los Voluntarios Catalanes que tantas proezas han hecho en la campaña de África»²⁴. En octubre el «público» seguía visitando, en la imprenta habanera de *El Iris* que estampó aquella hoja, un «Panorama» cuyo principal reclamo era «una bellísima colección de vistas tomadas de la última guerra de España contra Marruecos»²⁵. No parece ninguna casualidad que el titular de *El Iris* fuese el muy probable catalán Magín Pujolá, cuya librería publicaba la memoria anual de la ya mencionada Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña. El semanario satírico habanero *El Moro Muza*, cuyo primer número apareció el 16 de octubre de 1859 y que tomó su nombre de la muy reciente declaración de guerra al emperador de Marruecos, salió también de las prensas de Pujolá.

Resulta revelador que un periódico como *El Moro Muza*, nacido en La Habana bajo la invocación de un popular estereotipo antiafricano y al calor de la Guerra de África, fuese la empresa personal de un tipo como Juan Martínez Villergas, «el gran satírico» del liberalismo radical o democratizador en la España de hacia 1850. Escritor y agitador muy activo en el Madrid «radical y democrático» de los años cuarenta, crítico feroz del Partido Moderado y de su líder y jefe de gobierno Narváez («el español Calígula»), Martínez Villergas dio por todo ello con sus huesos en la cárcel —en 1851— y pronto en el exilio. Recompensado por la breve revolución progresista de 1854-1856 con modestos destinos consulares, el último apenas cumplido como cónsul general de España en Haití, la con-

²³ Ned SUBLETTE: *Cuba and its Music: From the First Drums to the Mambo*, Chicago, Chicago Review Press, 2004, pp. 262-263.

²⁴ *El Moro Muza* (La Habana), 18 de marzo de 1860, p. 184.

²⁵ *El Moro Muza* (La Habana), 28 de octubre de 1860, p. 67.

trarrevolución moderada de 1856-1858 lo empujó a buscar refugio en la España caribeña²⁶. Interesan aquí dos rasgos centrales de la literatura de batalla de Martínez Villergas y otros en el Madrid del radicalismo democrático, según los ha señalado Xavier Andreu Miralles: el populismo y el nacionalismo²⁷.

Al poco de desembarcar en La Habana, Martínez Villergas provocó un rifirrafe con la prensa establecida que culminó con su pública y pirotécnica defensa de «mis lectores», «de una clase motejada de una manera chocante», a saber, «salí a defender a mis amigos los dependientes del comercio», peninsulares humildes la gran mayoría de ellos²⁸. Abundan las exaltaciones del «pueblo» en las empresas habaneras de Martínez Villergas de principios de los sesenta²⁹. Un «pueblo» cuyas virtudes y costumbres son la «auténtica expresión de lo español» —rastrea Andreu Miralles—, por oposición a «oligarquías» extranjerizantes y por ello «ajenas al cuerpo nacional»³⁰. Este nacionalismo populista, forjado en el radicalismo político metropolitano, iba a realimentarse en Cuba y a marcar los años caribeños de Martínez Villergas. Un nacionalismo populista no sobrevenido en La Habana, y que arroja nueva luz, por ejemplo, sobre la serie que *El Moro Muza* publicó en octubre de 1860 a propósito de Haití, asociando en ella el despotismo político de perfil orientalista y africano con «un país donde el amor al trabajo se ha perdido completamente»³¹. O nueva luz sobre los versos con los que Martínez Villergas quiso enterrar la rebelión cubana de 1868 al poco de su estallido: «Déjala [la insurrección de Yara], caminante, en esta fosa, / que indigna es de compasión siquiera, / que no la vean más eternos soles; / que fugitiva, hambrienta y ha-

²⁶ Alberto GIL NOVALES: «Martínez Villergas, el gran satírico», *Trienio. Ilustración y Liberalismo*, 20 (1992), pp. 101-136.

²⁷ Xavier ANDREU MIRALLES: «“El pueblo y sus opresores”: populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848», *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 65-91.

²⁸ *El Moro Muza* (La Habana), 16 de septiembre de 1860, pp. 19-20.

²⁹ *El Moro Muza* (La Habana), 9 de septiembre de 1860, pp. 9-10, y *Don Junípero* (La Habana), 16 de noviembre de 1862, p. 55.

³⁰ Xavier ANDREU MIRALLES: «“El pueblo y sus opresores”: populismo...», pp. 77-84.

³¹ «De Jacmel a Port-au-Prince (I-II)», *El Moro Muza* (La Habana), 21 de octubre de 1860, pp. 57-58, y 28 de octubre de 1860, pp. 65-66.

raposa, / escribió —¡miserable!— en su bandera / ANTES SER AFRICANOS QUE ESPAÑOLES!»³².

Sobre este fondo de celebración y consumo popular de la Guerra de África en la Cuba urbana y preferentemente peninsular, desembarcó en La Habana en el otoño de 1860 Francisco Fort y Segura, «comandante que fue de los Voluntarios Catalanes», celebrado por ello y «de paso para Santo Domingo». Destaca la insistencia de la prensa en apelar a la mítica —civil y «civilizadora»— de los Voluntarios Catalanes en Marruecos para alentar, o aceptar al menos, la nueva e incierta misión de Fort en Santo Domingo, en una coyuntura de creciente interés metropolitano por los envíos de armas y asesores militares desde Madrid al gobierno dominicano de Pedro Santana³³. Más relevantes para la experiencia cubana de miles de peninsulares comunes, y para su capacidad de percibir la Guerra de África como un episodio con resonancias y continuidades en el Caribe, resultan dos aspectos centrales de la misión de Fort en Santo Domingo.

En primer lugar, la citada empresa de armar una milicia de «Voluntarios Españoles». Francisco Fort organizó su «cuerpo de milicias» en Santo Domingo cuando «la anexión todavía no estaba publicada» por Santana, esto es, antes del 18 de marzo de 1861³⁴. Cuando el 19 de mayo del mismo año España aceptó y ratificó la anexión, «en Santo Domingo dos compañías de Voluntarios españoles [estaban] capitaneadas por el coronel catalán Fort»³⁵, compañías que «contaban con más de doscientos individuos» cada una y que, «cuando los haitianos invadieron el territorio [dominicano] en los últimos días de mayo», pasaron a la acción. El primer levantamiento antianexionista tuvo lugar en Moca a principios de mayo, y muy pronto reapareció con la irrupción fronteriza de los dominica-

³² Citado en Alberto GIL NOVALES: «Martínez Villergas...», p. 130 (las mayúsculas en el original).

³³ *La Iberia* (Madrid), 10 de agosto de 1860, p. 2, y *La Correspondencia de España* (Madrid), 10 de agosto de 1860, p. 3. Prensa metropolitana e interés por Santo Domingo en 1860 puede verse en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Antonio FONTECHA PEDRAZA: *Una cuestión de honor. La polémica sobre la anexión de Santo Domingo vista desde España (1861-1865)*, Santo Domingo, Fundación García Arévalo, 2005, pp. 38-45.

³⁴ Ramón GONZÁLEZ TABLAS: *Historia de la dominación...*, p. 40.

³⁵ Jaime DE JESÚS DOMÍNGUEZ: *La anexión...*, p. I:169.

nos y antisantanistas Sánchez y Cabral en Las Matas, con evidente apoyo de, y desde, Haití. La prensa metropolitana —en particular la regional con conexiones y comunidades en Cuba y Puerto Rico— informó entonces de que «el coronel Fort es uno de los jefes que marchó a combatir a los haitianos así que supo su entrada en los dominios españoles», haitianos a los que aludía como «negros vecinos», como «salvajes e incansables enemigos», como «desordenadas hordas»³⁶. Tras someter a los «moros», a los «casi negros» en Marruecos, Fort era el hombre indicado para hacer frente —también con voluntarios civiles— a una rebelión de color que, precisamente por ello, borraba la nueva frontera territorial española y la trazaba, implícita y políticamente, en términos raciales. El presidente haitiano Fabre Geffrard acababa de recordar en su proclamación antiespañola de abril, también a «nos frères de l'Est», que «le pavillon espagnol autorise et protege l'esclavage de tous les enfants de l'Afrique»³⁷. «El coronel Fort, a consecuencia del disgusto que le ha causado la última calaverada haitiana —alardeaba *El Mallorquín* de 22 de julio de 1861— se ha dirigido a la frontera con el ánimo de dar una lección a M. Geffrard y su comparsa, lo cual creemos ha de conseguir sin grande esfuerzo»³⁸.

Resultan obvias las continuidades entre los Voluntarios Catalanes de la guerra marroquí de 1860 y los «Voluntarios Españoles» de la anexión dominicana en 1861: continuidades en clave de nacionalización, de potencial inclusión política, a partir de experiencias y lenguajes de oposición civilizatoria y racial; y continuidades, también, con respecto a la afirmación y visibilidad de una milicia civil separada del ejército regular de reclutas forzosos, dadas las resonancias que ello podía tener en la España de 1860-1861, desarraigada en 1856 la Milicia Nacional por los moderados, reclamada pues por el progresismo más interclasista y por demócratas y republicanos. La añorada Milicia Nacional influyó en la imagen de los Voluntarios Catalanes de la Guerra de África y en las razones de su

³⁶ *El Diario de Menorca* (Maó), 14 de julio de 1861, p. 2, y *El Mallorquín* (Palma de Mallorca), 22 de julio de 1861.

³⁷ Citado en Cristóbal ROBLES MUÑOZ: *Paz en Santo Domingo (1854-1865). El fracaso de la anexión a España*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1987, p. 121, nota 31.

³⁸ *El Mallorquín* (Palma de Mallorca), 22 de julio de 1861, p. 1.

éxito en la Barcelona plebeya de 1859-1860. Francisco Fort procedía, precisamente, de este mundo miliciano y civil, al igual que Victoriano Sugrañes, su antecesor al frente de los Voluntarios en Marruecos, muerto en Tetuán. Capitán de la Milicia Nacional en su Tortosa natal durante la guerra contra el carlismo, Fort había saltado hacia el ejército por méritos con la Milicia para luego ser «retirado» —purgado— por un gobierno moderado. Hábilmente, y con intención política, Prim lo repescó en 1859 para sus Voluntarios de África (con los que Fort alcanzó el grado de coronel)³⁹.

No menos obvias resultan las afinidades entre la misión miliciana de Fort en Santo Domingo y el recién creado Instituto de Voluntarios en la Cuba española. Establecido en 1855-1856 para hacer frente al desafío de las expediciones armadas «anexionistas» sobre Cuba, el Instituto de Voluntarios supuso el traslado al Caribe de aquel modelo de milicia civil e irregular, la Milicia Nacional, cuando paradójicamente —como ha señalado Joan Casanovas— ésta acababa de ser desmantelada en la España europea. Rápidamente se llenó de peninsulares humildes, de dependientes del comercio y artesanos. A pesar de reproducir en sus filas las jerarquías socio-comunitarias de los peninsulares en la isla, el voluntariado en Cuba no fue vivido por dependientes y artesanos ni como una pasiva obligación ni como una mera gracia otorgada. Pronto obtuvieron de capitania, desde la nueva posición de relativa fuerza, la libertad de contratarse laboralmente sin necesidad de autorización gubernativa, y en 1857 los primeros permisos para fundar sociedades de socorros mutuos de alcance local⁴⁰. Los Voluntarios de La Habana celebraron multitudinariamente la victoria española en Marruecos con «grandes espectáculos» que tuvieron lugar en la plaza de toros de la capital-puerto en mayo y junio de 1860⁴¹. El Instituto de Voluntarios estaba lleno de catalanes —y de tantos otros

³⁹ «Nombramiento de Caballero de la Orden de Isabel la Católica a Francisco María Fort, capitán de la Milicia Nacional Movilizada de Tortosa» (1838), en AHN, Estado, 6320, 87, y «D. Francisco Fort», *Heraldo de Tortosa* (Tortosa), 1 de diciembre de 1928, p. 4. Orígenes milicianos y radicalismo político de Sugrañes, y Milicia Nacional y Voluntarios Catalanes de 1860 pueden consultarse en Albert GARCIA-BALAÑÀ: «Patria, plebe y política en la España isabelina...», pp. 30-48.

⁴⁰ Joan CASANOVAS CODINA: *¡O pan, o plomo!...*, pp. 78-80.

⁴¹ *El Moro Muza* (La Habana), 20 de mayo de 1860, p. 256, y 17 de junio de 1860, p. 288.

peninsulares— al estallar la rebelión cubana de 1868. De los casi 3.000 Voluntarios armados en el distrito de Matanzas en los primeros meses de 1869, 464 (o el 16 por 100) habían nacido en Cataluña o en las Islas Baleares, una representación regional sólo superada por los nacidos en la propia Cuba (710), por los canarios (555) y pareja a la de los asturianos (466)⁴².

Las tempranas informaciones sobre la misión miliciana de Francisco Fort en Santo Domingo también se cruzaron con informaciones sobre proyectos de emigración metropolitana hacia la pronto nueva provincia española. He aquí el segundo aspecto con indiscutibles resonancias entre las comunidades de peninsulares en el Caribe español. Según la madrileña *La Correspondencia de España* de 10 de agosto de 1860, «el Sr. Fort, coronel de los valientes Voluntarios Catalanes, [...] ha venido a la Corte dejando a su amigo el Sr. D. Pedro Carreras encargado para explorar [sic] la voluntad de los que soliciten pasar en calidad de colonos a la isla de Santo Domingo, y tiene anotadas en un registro abierto a varias familias y braceros para pasar allí como colonos»⁴³.

Gracias a la investigación de Magdalena Guerrero Cano sabemos que no se trataba de ningún castillo en el aire. Pocas semanas antes, en julio de 1860, había zarpado de Cádiz la primera expedición con armas, instructores militares y un centenar de colonos civiles para Dominicana, una iniciativa de Santana con plena colaboración de O'Donnell. Antes de la anexión partiría una segunda expedición con emigrantes civiles, la urca *Santa María* en enero de 1861, con casi 150 colonos embarcados y todo el apoyo del Ministerio de la Guerra español. Para entonces el «registro abierto» de peninsulares dispuestos a emigrar a Santo Domingo alcanzaba los 2.500 nombres (para una población dominicana total de aproximadamente 185.000, 8.000 en Santo Domingo capital). Entre el verano de 1860 y el verano de 1862 llegaron a Santo Domingo desde España al menos siete expediciones con más de medio millar de «colonos» artesanos y jornaleros, y sus familias⁴⁴. Además, el Ejército de Santo Domingo iba a convertirse en una notable vía migra-

⁴² *Estadística de los Voluntarios existentes en 31 de julio de 1869 en Matanzas, Cabezas, Ceiba-Mocha, Corral-Nuevo...*, La Habana, La Intrépida, 1869, p. 130.

⁴³ *La Correspondencia de España* (Madrid), 10 de agosto de 1860, p. 3.

⁴⁴ María Magdalena GUERRERO CANO: «Expediciones a Santo Domingo. El fra-

toria para peninsulares hacia el Caribe español, sobre todo durante los iniciales y más tranquilos años de la anexión (1861-1863). Los catalanes, por ejemplo, seguían sobrerrepresentados en dicha tropa con respecto a su efectiva presencia en la quinta o servicio militar en la Península⁴⁵. O'Donnell resumió sus iniciales expectativas colonizadoras y blanqueadoras (pues el 80 por 100 de la población dominicana «era de origen africano») en una comunicación a Serrano de 1 de agosto de 1861: «Para que puedan desarrollarse los grandes elementos de riqueza que encierra la isla de Santo Domingo es indispensable el aumento de la población; por fortuna, las condiciones del país permiten esperar que la *raza blanca* llene esta primera necesidad»⁴⁶.

El estallido de la guerra dominicana contra la anexión, o Guerra de Restauración, durante el invierno de 1862-1863 sepultó definitivamente este temprano episodio de imitación miliciana y modesta migración blanca, con sus resonancias cubano-peninsulares. El día de Reyes de 1862, *La Época* metropolitana informó de que, «a instancia del coronel D. Francisco Fort, que mandó las fuerzas de Voluntarios Catalanes en África, se le ha concedido retiro para esta corte y declarado terminada la comisión de que estaba encargado en la isla de Santo Domingo»⁴⁷. Habían transcurrido dos años exactos desde el alistamiento en Barcelona de los Voluntarios Catalanes de la Guerra de África, la milicia africanista que abrió a Fort las puertas del protagonismo en la tentativa expansionista en la «muy africana» isla de La Española⁴⁸.

caso de un proyecto de colonización (1860-1862)», *Trocajero*, 14-15 (2002-2003), pp. 63-92.

⁴⁵ Manuel MORENO FRAGINALS y José J. MORENO MASÓ: *Guerra, migración y muerte...*, pp. 69-90.

⁴⁶ Citado en Cristóbal ROBLES MUÑOZ: *Paz en Santo Domingo...*, p. 128, nota 5.

⁴⁷ *La Época* (Madrid), 6 de enero de 1862, p. 3, y *La España* (Madrid), 14 de marzo de 1862, p. 3.

⁴⁸ Véase Guerra de Santo Domingo y cuestión racial desde la perspectiva de las resistencias locales a la anexión en Anne ELLER: «*Let's Show the World We Are Brothers*»: *The Dominican Guerra de Restauración and the Nineteenth-Century Caribbean*, tesis doctoral, New York University, 2011.

Patriotismos criollos: Antonio Serret, de Santiago de Cuba a Matanzas a través de Barcelona y Wad-Ras

La noche del 25 de junio de 1860, el recién establecido Liceo Artístico y Literario de Matanzas celebró, a su literaria manera, la ya terminada campaña militar de España en Marruecos. Abrió la velada la lectura que el socio Casimiro Del Monte (o Delmonte) y Portillo hizo de su oda «al valiente cubano Don Antonio Serret», «declarado benemérito de la patria en grado heroico por el valor que mostró en la Guerra de África» según anotación en la edición impresa que hizo el Liceo⁴⁹. No era ésta, ciertamente, la primera celebración pública que de la Guerra de África hacía el Liceo matancero, uno de los frutos de la liberalización institucional y política permitida por Serrano desde finales de 1859⁵⁰. Pero la oda de Casimiro Del Monte en honor del «valiente cubano» Antonio Serret llama la atención por la singularidad de sus dos principales argumentos épicos, entrecruzados. En primer lugar, la aclamada condición de «héroe cubano» del Serret combatiente en África. Con Serret, Cuba contribuye a una guerra europea más allá de las fronteras de la(s) Europa(s) liberal(es): «Oh héroe sin segundo: / Tu has hecho ver al mundo / Que esas flores eternas que en la Antilla / Ostenta Primavera, / Más son para corona a la guerrera». Guerra europea porque la palabra «España» —o el adjetivo «español/a»— no aparece en ninguno de los siete versos del poema. Y guerra europea, sobre todo —y he aquí el segundo argumento—, porque el motivo clásico del que se sirve Del Monte para cantar a Serret no es otro que Leónidas, el espartano que se enfrentó a los ejércitos orientales y por ello «bárbaros» del persa Jerjes. «Tu [Serret], sin que el riesgo y la distancia midas / Empuñas el acero sin tardanza, / Bravo como Leónidas, / Y lleno el pecho noble de esperanza, / Vuelas a la batalla, y a la venganza»⁵¹.

La celebración pública y civil del «valiente cubano» Antonio Serret no se limitó al episodio de Matanzas. Según las *Crónicas san-*

⁴⁹ «Al valiente cubano Don Antonio Serret... Oda del Sr. D. C. Delmonte», *Liceo de Matanzas* (Matanzas), 1 de julio 1860, pp. 35-36.

⁵⁰ «Triunfo de España (composición poética...)», *Liceo de Matanzas* (Matanzas), 17 de junio de 1860, pp. 19-20.

⁵¹ Todas las citas en «Al valiente cubano Don Antonio Serret...», pp. 35-36.

tiagueras recopiladas por Emilio Bacardí, el tal Serret era «hijo de Santiago [de Cuba]», sirvió como «subteniente de los tercios de Voluntarios Catalanes en África», «fue herido de gravedad» en la llamada batalla de Wad-Ras (23 de marzo de 1860), y el ayuntamiento de Santiago celebró el que se le declarase «benemérito de la Patria en grado heroico» en mayo de 1860⁵². El archivo de los Voluntarios Catalanes de 1860 confirma lo publicado por Bacardí. Antonio Serret y Capello, nacido en Santiago de Cuba, figura como subteniente de la primera de las cuatro compañías de Voluntarios de Cataluña, alistado en diciembre de 1859, con participación en tres batallas en Marruecos, herido y condecorado en la última o de Wad-Ras⁵³. Serret recordó su Guerra de África en un texto escrito en 1861 y publicado años después, en cuyo apéndice incluyó la relación de Voluntarios beneficiarios del «donativo de la Isla de Cuba» patrocinado por la comunidad catalana. El texto es una completa galería de los motivos que explican el éxito de los Voluntarios en la Cataluña plebeya de 1860, desde el embarque en Tarifa al son de las canciones «del maestro Clavé» hasta la atmósfera de camaradería civil antes que militar; desde la tradición miliciana liberal de aquellos Voluntarios que habían «tomado parte en todas las luchas que han desolado a nuestra patria desde la última guerra de sucesión acá» hasta el elogio del comandante de Voluntarios que murió en Tetuán, Victoriano Sagrañes, antecesor de Francisco Fort y demócrata represaliado por Narváez antes de 1859⁵⁴. En un discurso en el Madrid del verano de 1860, Serret ya había justificado «la guerra que España sostenía con el imperio de Marruecos» esgrimiendo que tal combate —el suyo personal— lo era «en nombre de la civilización»⁵⁵.

La pregunta fundamental, aquí, es qué razones empujaron a los hombres del Liceo de Matanzas, a la élite criolla y educada de la ciudad, a celebrar públicamente la Guerra de África en la figura

⁵² Emilio BACARDÍ MOREAU: *Crónicas de Santiago de Cuba*, Santiago de Cuba, Arroyo Hermanos, 1925, pp. III:298-299 (1.ª ed., Barcelona, 1908).

⁵³ «Listas de los individuos que componían el cuerpo de Voluntarios Catalanes (1860)», en AHDB, 1.004.

⁵⁴ Antonio SERRET Y CAPELLO: *Prosa perdida*, Barcelona, Juan Oliveres, 1871, pp. 15-26 [«Sagrañes y Moxó» (1861)].

⁵⁵ «Las letras y las armas», *El Faro Nacional* (Madrid), 24 de julio de 1860, p. 88.

del Voluntario «cubano» —por criollo— Antonio Serret y Capello. Para a continuación indagar si, entre tales razones, se adivina alguna conexión con los simultáneos recelos criollos contra la continuidad de las Milicias Disciplinadas de Color y, en particular, contra el proyecto de armar un batallón de voluntarios pardos y morenos libres con destino a Marruecos. ¿Cuál era exactamente, hacia 1860, la biografía trasatlántica de Antonio Serret y Capello? ¿Y quiénes eran, también exactamente, los hombres que lo glosaron en Matanzas como un «Leónidas» cubano?

Antonio Serret y Capello nació en Santiago de Cuba en 1834 o 1835 —pues, según declaración jurada de su hermano Francisco, tenía en 1840 «cinco o seis años»—, hijo de Francisco Serret, «natural de Cataluña», y de María Dolores Capello, «de Gibraltar». Aunque los indicios sugieren una probable estancia en Cádiz del padre, Francisco, en su camino hacia Cuba, las raíces paternas apuntan a la comarca catalana y costera del Garraf. Tras un primer regreso paterno a Barcelona, Francisco «dispuso —en 1848— que se trasladara de esta ciudad [Santiago de Cuba] toda su familia a Barcelona», también Antonio, «a quien se proponía educar y dar carrera en aquella capital»⁵⁶. Así fue, pues Antonio estudió en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona, en la que se licenció en Jurisprudencia en 1856. Pasó después a la Universidad Central, en Madrid, donde se doctoró durante el curso 1858-1859 con una tesis titulada *La Administración de Justicia en las provincias de Ultramar*⁵⁷. Es altamente probable que cuando Antonio se alistó con los Voluntarios Catalanes que iban a África, en diciembre de 1859, tuviese ya en mente su regreso a Santiago de Cuba. En enero de 1861, a los pocos meses de terminada la campaña en Marruecos, el recién creado Ministerio de Ultramar lo destinó al puesto de promotor fiscal de la alcaldía mayor primera de Santiago de Cuba. Serret no dejó de alegar, en ésta y en futuras ocasiones, sus méritos contraídos como «oficial de los Voluntarios Catalanes en la Guerra de África». Tras catorce años de infancia y primera

⁵⁶ «Expediente personal de don Antonio Serret y Capello» (1860-1877), en AHN, Ultramar, 2067, 4, fols. 139-142.

⁵⁷ «Expediente académico de Antonio Serret y Capello, alumno de la Facultad de Derecho de la Universidad Central» (1856-1859), en AHN, Universidades, 4768, 10.

adolescencia en Cuba, trece de vida adulta en la Península, y tres meses de combates en África, Serret embarcó en Barcelona, para volver a cruzar el Atlántico, el 31 de marzo de 1861. Tomó posesión de su puesto en Santiago, en los escalafones inferiores de la administración colonial de justicia, el primero de junio de 1861, con veintiséis o veintisiete años⁵⁸.

Al alistarse con los Voluntarios Catalanes que lucharían en Marruecos, Antonio Serret podía pretender, simplemente, acelerar su ingreso y promoción en la carrera judicial. Y también, quizás, matizar o rebajar su condición de «cubano», que para aquel propósito podía resultarle más contraproducente que favorable. Pero sigue llamando la atención que su primer destino en 1861 fuese su Santiago de Cuba natal y que, poco antes de embarcarse para África, Serret hubiese mostrado públicamente su interés por la política colonial española y su particular preocupación y esperanza por los derroteros de ésta en Cuba.

Me refiero a su discurso de investidura como doctor en leyes, que tuvo lugar —y fue publicado— en Madrid en la primavera de 1859. Serret habló sobre el Real Decreto de enero de 1855 «para la administración de justicia en las provincias de Ultramar», un importante jalón en la reforma del sistema de las Audiencias ultramarinas cuyo horizonte era la definitiva fijación de sus competencias judiciales y la progresiva remoción de sus atribuciones político-consultivas y jurisdiccionales heredadas de las antiguas Leyes de Indias (y de la singular continuidad de éstas como consecuencia de la exclusión constitucional del Ultramar español desde 1837). Aunque en el corto plazo tal decreto pudo fortalecer el «mando supremo» del capitán general en Cuba, Serret enfatizó, muy significativamente, sus potenciales consecuencias en una dirección distinta. «El citado Real decreto —quiso pronosticar Serret—, estableciendo alcaldes mayores, jueces de partido que sustituyan en el ejercicio de la Jurisdicción Real ordinaria a los gobernadores político-militares y tenientes gobernadores de la Isla de Cuba, neutraliza notablemente los efectos de la viciosa organización primitiva»⁵⁹. También se felicitó Serret por la extensión a Ultramar del recurso de casación, no sin

⁵⁸ «Expediente personal de don Antonio Serret y Capello» (1860-1877), en AHN, Ultramar, 2067, 4.

⁵⁹ Antonio SERRET Y CAPELLO: *Consideraciones sobre el Real Decreto de 23 de*

«lamentar el que sólo se hallen comprendidos los asuntos civiles, con especial exclusión de los criminales». En un tono siempre prudente, abogó en este punto por la pronta «modificación del rigorismo primitivo, y por lo tanto su inmediata extensión [del recurso de casación en causas criminales] a los asuntos de Ultramar»⁶⁰. La lógica centralizadora que subyacía a la reforma de 1855 era presentada por Serret en 1859 —cuando Francisco Serrano iba camino de La Habana para tratar de tender puentes con las elites criollas isleñas— como una hipotética garantía frente a las habituales y recientes intromisiones de la Capitanía General de Cuba en las esferas judicial y jurisdiccional, supuestamente ajenas al poder ejecutivo.

Aquí reside una conexión entre los hombres del Liceo y la figura de Serret en 1860, «cubano» al tiempo que «catalán» (peninsular), pronto retornado a Cuba a través de una administración de justicia bajo el influjo del ensayo de reformismo ultramarino de Serrano y O'Donnell. El Liceo de Matanzas iba a significarse como plataforma isleña en pro de la liberalización colonial, un punto de encuentro, durante los tempranos sesenta, entre las elites criollas recelosas de toda ruptura y los grupos metropolitanos más proclives a la reforma colonial. Dicha conexión no desmiente la posibilidad de algún tipo de cálculo táctico en el elogio matancero a Serret —al contrario, la refuerza—, ni la posibilidad de una amistad o trato personal. Casimiro Del Monte y Portillo, autor de la oda a Serret en África, había nacido en Cimarrones, provincia de Matanzas, en 1838, apenas tres o cuatro años más joven que Serret. Hacia 1860 Casimiro se iniciaba como «escritor público» en la estela de su hermano Domingo, secretario de la sección de Literatura del Liceo aquel primer año; ambas carreras literarias, discretas, transitarían dentro de las coordenadas de la ficción criolla a propósito de la «cubanidad». Los dos hermanos iban a tener que exiliarse al estallar la primera guerra cubana en 1868-1869⁶¹.

Resulta conveniente prevenir, aquí, las miradas retrospectivas; a saber, evitar presentar a los hombres del Liceo de Matanzas en

Enero de 1855 para la administración de justicia en las provincias de Ultramar, Madrid, Tomás Fortanet, 1859, pp. 9-10.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 10-12.

⁶¹ Francisco CALCAGNO: *Diccionario Biográfico Cubano*, Nueva York, Imprenta-Librería de Ponce de León, 1878, pp. 239-240.

1860 en función, fundamentalmente, de sus respectivas suertes después de 1868. El radicalismo comunitario y político no fue nunca, en la Cuba isabelina, el horizonte del asociacionismo criollo blanco y educado. El ejemplo de Emilio Blanchet, secretario general del Liceo cuando la velada de junio de 1860, demuestra ambas cosas, su cubanidad negociada con Madrid durante los reformistas años sesenta y su forzada radicalización a raíz del estallido de la guerra civil insular en 1868-1869. Blanchet, catedrático en el Instituto de Matanzas y *alma mater* del Liceo desde su fundación, fue el autor de un *Manual de Historia de España* (1865) usado como texto escolar en Cuba entre 1865 y 1868. La guerra lo cambiaría todo. En el verano de 1869, apenas un año después de la prohibición oficial del *Manual* de 1865, el director del Instituto de Matanzas informaba «de haberse ausentado para el extranjero D. Emilio Blanchet, Catedrático de Francés»; poco después, la gobernación superior de la isla incluía a Blanchet entre los individuos de Matanzas cuyos bienes debían ser embargados por «infidente», una de las muchas víctimas de la indiscriminada oleada de embargos e incautaciones antiricollas desatada a partir de julio de 1869⁶².

Pero diez años atrás, en 1859, el lugar de Emilio Blanchet había sido uno muy distinto. Blanchet y los hermanos Del Monte y Portillo habían fundado entonces, con anterioridad al Liceo, *El Eco de Matanzas*, semanario con proyección sobre la vida pública cubana. Domingo Del Monte y Portillo fue el director de *El Eco* en el verano de 1859, con el viento a favor de los cambios políticos en Madrid y en la capitania de La Habana. La elite criolla local recuperó así una tribuna donde proclamar sus expectativas y esperanzas, y donde compartir sus dudas y temores a modo de exorcismo colectivo. Entre dichos malestares uno se repite no pocas veces en las páginas de *El Eco* durante la segunda mitad de 1859: la excesiva e incómoda —para los redactores— presencia de la «gente de color» en la vida pública matancera, y en particular los avisos sobre su supuesta creciente facilidad para cruzar determinadas barreras socio-culturales fuertemente racializadas.

⁶² «D. Emilio Blanchet, Catedrático del Instituto de Matanzas» (1865-1869), en AHN, Ultramar, 147, 16, e «Insurrectos comprendidos en circular de 20 de abril de 1869» (1870), en AHN, Ultramar, 4447, 25.

Un ejemplo bastará para captar la amplitud y el grado de la alarma. En septiembre de 1859, *El Eco* publicó una extensa carta firmada por un tal «Otelo» ironizando, pero no sólo, sobre las «comedias representadas por gente de color». El remitente decía haber asistido, en «un antiguo almacén de la calle del Sol», a la representación de dos comedias del autor local Rafael Otero protagonizadas por «aficionados actores» que «pertenecen a esa clase de la sociedad que tiene en las venas 50 por ciento de sangre septentrional y otro 50 de sangre meridional», y todo ello ante una «concurcencia numerosísima y matizada de cuantos colores se usan en las epidermis humanas». El color de los ocasionales actores, «pardos» o mestizos criollos, era la metáfora perfecta de su incapacidad cultural, no en vano en aquella negritud residía la causa fundacional de esta incapacidad: «parecióme que se representaban a oscuras las comedias, no que faltaran candiles, sino que el color de los actores hacía creer en la oscuridad. Viéndolos comprendí por vez primera aquella célebre espresión [*sic*] de Milton, “tinieblas visibles”. La representación fue sublimemente mala». Para el remitente de *El Eco*, sin embargo, la solución no radicaba en la educación, sino en la delimitación de territorios culturales racialmente separados; radicaba en una recreación «negra» de la cultura «blanca» que, por deferente y diferente, conjurase toda posibilidad de asimilación o imitación igualadora. «No tengo a mal que la *jente de color* represente comedias: al fin y al cabo vale más que se diviertan así que de otro modo... —concedía, condescendiente, el remitente—; si quisieren ellos que su teatro adquiriera algún crédito, imiten a la compañía de *negritos* americanos que parodian dramas, óperas y comedias, acomodando la parodia a su lenguaje y costumbres». Y cerraba con ironía no exenta de malestar: «Nuestras comedias en boca de *jente de color* no pueden ser sino parodias casuales, y la parte que tenga de ridículo el espectáculo recae sobre los actores»⁶³.

Una ojeada a la decena de números que *El Eco de Matanzas* imprimió en 1859 demuestra el carácter ejemplar del episodio sobre la «gente de color» que pretendía representar teatro patricio. En agosto de 1859, *El Eco* lamentó la reciente degradación de «nuestro celebrado baile nacional», la danza cubana; «la danza de hoy»,

⁶³ «Comedias representadas por gente de color», *El Eco de Matanzas* (Matanzas), 18 de septiembre de 1859, pp. 206-207.

afirmaba bajo seudónimo «El Matancero», era un «monstruoso engendro de la antigua [danza cubana] y del *tango africano*». Reveladoramente, este «monstruoso engendro» era presentado como el resultado de la erosión política de ciertas fronteras sociales —algo muy común en la Europa de entonces también a propósito del baile—, fronteras que, en un lugar como Matanzas hacia 1860, eran también y sobre todo raciales. «En vez de tender a la igualdad social levantando hasta la altura de las clases ilustradas aquellas otras que bullen en el cieno de la ignorancia —lamentó «El Matancero»—, los que adoptaron entre nosotros la idea de igualdad... bajaron los escalones que los separaban de las clases más abyectas. Vimos entonces a jóvenes caballeros espresarse [*sic*] con el chocante desenfado del *negro curro*, vimos a la modesta belleza bailar como una mulata y vimos cosas que se niega la pluma a gravar sobre el blanco papel»⁶⁴. La prevención ante la renovación de los procesos de «africanización» de la vida social de Matanzas y provincia constituye una suerte de bajo continuo en las páginas de *El Eco* en 1859⁶⁵. En 1860 el Liceo de Matanzas heredó todas estas preocupaciones⁶⁶.

El problema del avance de la «africanización» percibido a través de la presencia pública de los libres de color tenía, para las elites blancas y criollas del Liceo en 1860, una dimensión demográfica o cuantitativa. La población de pardos y morenos libres de la ciudad de Matanzas había crecido casi un 70 por 100 entre 1841 y 1862, de apenas 3.000 a algo más de 5.000, acercándose al mucho más estable número de esclavos (menos de 7.000 en 1862). Libres de color y esclavos sumaban más del 40 por 100 de los 30.000 residentes urbanos de Matanzas en 1862, un porcentaje al que los primeros, en cambio, apenas contribuían en el interior agroproductor y esclavista de la provincia matancera. Las tasas de fertilidad y de crecimiento demográfico de los libres de color doblarían con creces las de los blancos

⁶⁴ «La danza cubana», *El Eco de Matanzas* (Matanzas), 7 de agosto de 1859, pp. 57-59.

⁶⁵ Pueden verse otros ejemplos en «División del trabajo en los ingenios», *El Eco de Matanzas* (Matanzas), 7 de agosto de 1859, pp. 41-43, y «Horas de trabajo», *El Eco de Matanzas* (Matanzas), 14 de agosto de 1859, pp. 67-69.

⁶⁶ «Los blancos y los negros», *Liceo de Matanzas* (Matanzas), 12 de agosto de 1860, p. 89.

(y, por supuesto, las de los esclavos) durante la década de 1860⁶⁷. El proceso no era exclusivo de Matanzas, pues obedecía a dinámicas demográficas, económicas y socio-raciales que operaban a escala isleña, fundamentalmente en sus ciudades-puerto. Cuando Antonio Serret regresó a Santiago de Cuba en 1861, sus más de 15.000 libres de color constituían ya el mayor grupo del censo de la ciudad, el 42 por 100 de sus más de 36.000 residentes.

Pero la dimensión cuantitativa era sólo una de las fuentes del renovado recelo blanco y criollo ante la creciente visibilidad de la Cuba africana durante la segunda mitad de los años cincuenta. Philip A. Howard ha señalado que hacia 1860 tuvo lugar un segundo momento de auge de los cabildos de nación africanos en la Cuba colonial, inspirando, además, la formación de nuevas sociedades mutualistas de color en las que se mezclaron ya africanos de distintas procedencias étnico-territoriales y negros criollos. Tras una primera y tutelada expansión del asociacionismo africano durante las décadas tempranas del siglo, y tras la represión que lo golpeó a raíz de la Conspiración de La Escalera (1844) y las subsiguientes persecuciones contra centenares de libres de color, la política de velada amenaza de «africanización» del capitán general De la Concha permitió la vigilada recomposición del mutualismo negro entre 1855 y 1860⁶⁸. Con el renacer de los cabildos de africanos renacieron los espacios de sociabilidad compartidos por libres de color y esclavos urbanos, y las políticas de manumisión mutualizada de algunos de estos últimos, casi nunca desinteresadas. Renacieron también otras imágenes potencialmente políticas, muy familiares y nada tranquilizadoras para las elites de Matanzas, caso de la tradicional asociación entre liderazgos en los cabildos y liderazgos en los batallones armados de pardos y morenos⁶⁹.

Michele Reid-Vazquez y David Luis-Brown han documentado la significativa contribución de los libres de color desterrados de

⁶⁷ Tomo los datos de Laird W. BERGAD: *Cuban Rural Society in the Nineteenth Century. The Social and Economic History of Monoculture in Matanzas*, Princeton, Princeton University Press, 1990, pp. 34 y 101-105.

⁶⁸ Philip A. HOWARD: *Changing History. Afro-Cuban Cabildos and Societies of Color in the Nineteenth Century*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1998, pp. 97-99.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 31-36.

Cuba tras La Escalera y las persecuciones de mitad de los cuarenta —comunidades de exiliados en Estados Unidos y México preferentemente— a la formación de una primera cultura política cubana explícitamente interracial, abolicionista y republicana también por afrocubana, ya durante la década de los cincuenta. Reid-Vazquez ha confirmado que muchos de los al menos 2.200 libres de color desterrados de la isla tras el bienio 1844-1845 procedían de la provincia de Matanzas. Y ha señalado que no fueron pocos los que trataron de acogerse a la amnistía del año 1857 para poder regresar, y que fue precisamente la experiencia de desposesión y exilio la que los preparó, mucho antes de 1868, para perseguir «a variety of methods to reclaim their lives in Cuba», para proclamar «Cuba as home»⁷⁰. Empezó a perfilarse así una nueva noción de cubanidad, muy distinta de la blanca y criolla de las élites reformistas.

Esta temprana e incipiente politización de color interpeló, con sus modestísimas fuerzas, al anexionismo criollo elitista de la década 1845-1855 y contribuyó a desvelar la naturaleza táctica y los muy restrictivos límites políticos, sociales y raciales de este último. Contribuyó, no menos que la política de «africanización» española y que la geopolítica cambiante del triángulo Madrid-Washington-Londres, al rápido enfriamiento, durante los años cincuenta, de la retórica de una «revolución con anexión (a los Estados Unidos)» entre las filas de los plantadores y portavoces criollos. En los días en los que el Liceo de Matanzas celebró a Serret en África y reprochó el atrevimiento de la «gente de color», Francisco Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces y líder del renovado reformismo criollo, reunió y publicó sus cartas parisinas sobre «la importante cuestión del trabajo y aumento de la raza blanca en Cuba», un jalón en la definición del programa reformista de la década de 1860⁷¹.

Los discursos de blanqueamiento y de racialización de la exigible igualdad política entre criollos (blancos) y metropolitanos, resultaban absolutamente familiares —en el sentido literal de la

⁷⁰ Michele REID-VAZQUEZ: *The Year of the Lash...*, pp. 68-97 (citas literales en p. 97), y David LUIS-BROWN: «An 1848 for the Americas: The Black Atlantic, “El Negro Mártir”, and Cuban Exile Anticolonialism in New York City», *American Literary History*, 21/3 (2009), pp. 431-463.

⁷¹ Consuelo NARANJO OROVIO y Armando GARCÍA GONZÁLEZ: *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*, Madrid, Doce Calles, 1996, pp. 94-96.

palabra— para los dos socios de la sección de Literatura que presidieron la sesión del 25 de junio de 1860 en la que el Liceo de Matanzas celebró al «voluntario» Antonio Serret combatiendo, «firme en la tostada arena», contra un ejército africano. Se trataba de los hermanos Antonio y Eusebio Guiteras y Font, nacidos en Matanzas de padres catalanes establecidos y enriquecidos en Cuba a principios del siglo. El patrimonio familiar y el paso por el colegio habanero de José de la Luz Caballero les inclinaron hacia al cultivo de las letras, hacia la fundación y dirección del exigente colegio La Empresa, en la Matanzas de los años cincuenta, y hacia la posterior contribución a la fundación del Liceo local, que Eusebio Guiteras iba a presidir en 1861⁷². Antes, entre 1843 y 1845, ambos habían realizado un excepcional y peculiar *grand tour* por la España peninsular, Francia, las ciudades italianas, Grecia, «Constantinopla» y Jerusalén, un viaje de reafirmación europea y civilizatoria que contribuyó a su educación política. Una educación política modelada sin duda por su hermano mayor, Pedro José Guiteras y Font, autor de la más ambiciosa *Historia de la Isla de Cuba* (1865-1866) salida de ambientes criollos antes de 1868. Y en palabras de David Sartorius, quien la ha escrutado recientemente, «in that history, Spanish policies attempting to manage racial difference placed in relief the fractures and fissures Guiteras observed in the pact between Spain and some of its colonial subjects»⁷³.

Un reencuentro y dos conclusiones

El 17 de septiembre de 1863, el catalán Joaquín Martí y Moner, que había llegado a la Santo Domingo anexionada dos años atrás, escribió a su padre, residente en Mataró (Barcelona), desde la dominicana Puerto Plata: «Desde que le escribí mi última de fecha 31 de agosto, han sucedido cosas extraordinarias. En ella le

⁷² *Liceo de Matanzas* (Matanzas), 1 de julio de 1860, 33, y «2.ª Enseñanza en el Colegio La Empresa de Matanzas» (1855), en AHN, Ultramar, 30, 30.

⁷³ Pedro J. GUI TERAS: *Historia de la Isla de Cuba (con notas e ilustraciones)*, Nueva York, Jorje R. Lockwood, 1865-1866, y David SARTORIUS: «Race in Retrospect. Thinking with History in Nineteenth-Century Cuba», en Max HERING TORRES et al. (eds.): *Race and Blood in the Iberian World*, Berlín, Lit, 2012, pp. 169-189, esp. p. 176.

decía —le recordaba Martí— que estábamos de revolución y revolución grande, y hoy puedo añadir que es revolución horrorosa. Es una guerra de raza, guerra de exterminio, y si Dios no nos ayuda aquí debemos perecer todos»⁷⁴. Joaquín Martí había vaticinado la revolución dominicana en una carta anterior, de diciembre de 1862, en la que contaba a su padre que «cada día aparecen pasquines amenazando de que todos los españoles han de ser degollados», y que éstos habían regresado a las «compañías o rondas [de Voluntarios] para defenderse mutuamente» que Francisco Fort había capitaneado durante los primeros meses de la anexión⁷⁵. Abogado emigrado a Cuba en 1861 y pronto con destino para la Santo Domingo ya española, Martí había asimilado el nuevo mundo caribeño en términos rápida e inequívocamente civilizatorios y raciales, al punto de echar mano, en los primeros momentos, de imágenes del descrédito racializado netamente hispano-europeas. Nada más desembarcar, en el verano de 1861, Martí había descrito a Santana —a pesar de su condición de aliado— como «un hombre muy terco, muy malicioso; es un mulato, *verdadero gitano...* Es un pícaro solapado, y nada será la isla mientras esté de Capitán General»⁷⁶. Santana, «mulato, verdadero gitano», era, por ello, incapaz de convertirse en español. La guerra (con su enorme carga racial) y la disentería iban a confirmar los peores presagios de Martí. Embarcó moribundo en noviembre de 1863 y murió en Santiago de Cuba en enero de 1864. La noticia llegó a la familia, en Cataluña, a través de una última carta firmada por un nuevo y joven líder de la comunidad en Santiago. Una última carta en la que Antonio Serret y Capello, precisamente, atribuyó la muerte de Joaquín Martí no sólo a «la postración y el aniquilamiento de su cuerpo», sino, y no menos decisivo, al «abatimiento de su espíritu a consecuencia de las terribles escenas que había presenciado en Santo Domingo»⁷⁷.

⁷⁴ Carta de Joaquín Martí y Moner a su padre (Puerto Plata, 17 de septiembre de 1863), en Antonio MARTÍ COLL: *Don Joaquín Martí y Moner (1828-1864). Cartas de Ultramar*, Mataró, Caja de Ahorros de Mataró, 1961, pp. 44-46.

⁷⁵ Carta de Joaquín Martí y Moner a su padre (Puerto Plata, 5 de diciembre de 1862), en *ibid.*, pp. 40-41.

⁷⁶ Citado en *ibid.*, p. 23 (la cursiva es mía).

⁷⁷ Carta de Antonio Serret y Capello a Joaquín Martí y Andreu (Santiago de Cuba, 22 de enero de 1864), en *ibid.*, p. 47. Guerra de Restauración dominicana y

El reencuentro de las biografías trasatlánticas de Antonio Serret y Capello y Francisco Fort y Segura en el invierno de 1863-1864 mediante persona interpuesta, la del moribundo Joaquín Martí y Moner, resume el primer argumento de esta investigación: el de la significativa circulación trasatlántica de experiencias (neo) imperiales y lenguajes patrióticos de nación en la España de la Unión Liberal, y el de la contribución a todo ello de la Guerra de África de 1859-1860. Sin la Guerra de África, Francisco Fort no hubiese «pasado» a Santo Domingo en el invierno de 1860-1861 de la forma en la que lo hizo, con publicidad y celebración en Barcelona y Madrid, en La Habana y San Juan de Puerto Rico. En 1861 Fort personificaba, también en la Cuba española para nada ajena a la Guerra de África, la muy viva imagen de un voluntariado civil, peninsular y popular, que acababa de acreditar su virtud nacional, su merecimiento político, sometiendo —«en nombre de la civilización», según Serret— a una «raza de esclavos» africana. Combate y mérito que no podían sino reverberar en el Caribe hispano.

De lo que se desprende una segunda conclusión. Un factor clave para la traslación de aquellos lenguajes patrióticos fue su definición de la comunidad nacional en términos crecientemente racializados. La Guerra de África enfatizó los marcadores fenotípicos como termómetros de civilización y mérito, acreditando su potencia y polisemia política en la España europea. El cruce del Atlántico los rearmó, dada su capacidad de significación e identificación en la España caribeña. Fort era el tipo indicado para detener a los «negros vecinos» haitianos en 1861 porque venía de vencer, con sus otros voluntarios, a los «casi negros» marroquíes. Serret podía simbolizar cierto orgullo criollo cubano porque al combatir a un Jerjes africano ahuyentaba, tácitamente, toda sombra de protagonismo de los libres de color —y con ellos de los esclavos— en la Cuba a «reformular» de 1860. Para aquel mundo criollo la de Serret era, cuando menos, una contribución isleña a la guerra marroquí mucho más inocente que el envío de un batallón de pardos y morenos.

Estos préstamos trasatlánticos fueron posibles gracias a la mayor integración y ambición de la política ultramarina española hacia

cuestión racial en Anne ELLER: «*Let's Show the World We Are Brothers*»: *The Dominican...*

1860 (pronto tambaleada), gracias al potencial de evocación colectiva de nuevas y más frecuentes biografías de ida y vuelta, y gracias, sobre todo, al poder de inclusión (y exclusión) de los lenguajes raciales en la fijación de la nación —«imperial», sin duda—⁷⁸ como comunidad política de iguales.

⁷⁸ Sobre el concepto de «nación imperial» véase Josep M. FRADERA: *La nación imperial (1750-1918)*, Barcelona, Edhasa, 2015.

